

Ontología digital, narratividad y dimensiones cualitativas después de la postmodernidad

Guiomar Salvat Martinrey¹,
Vicente Serrano Marín²

¹ Departamento de Comunicación y Sociología de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, España.
guiomar.salvat@gmail.com

² Instituto de Filosofía de la Universidad Austral de Chile, Chile.
vicente.serrano@uach.cl

Resumen. Nuestra propuesta trata de abordar el viejo problema de lo cualitativo en las ciencias sociales a partir de la distancia que podemos tomar en torno al debate sobre la postmodernidad y con especial atención a las enseñanzas que se pudieron extraer de la polémica que sobre la misma suscitó el llamado *affaire Sokal*. Nuestra hipótesis es que las viejas distinciones clásicas formuladas desde premisas decimonónicas o incluso anteriores, y que culminan en la distinción de Dilthey entre ciencias de la naturaleza y del espíritu, está ya superada. Trataremos de mostrar cómo hay una confluencia desde distintas tradiciones, en las que se evidencia, que más allá de los excesos retóricos en que cayeron ciertas imposturas posmodernas, el llamado saber narrativo ha ido ganando terreno en la cuestión epistemológica crucial que fijaba los criterios de demarcación tradicionales entre ambas esferas.

Palabras clave: posmodernidad, saber narrativo, epistemología, ontología, digitalismo, ciencias sociales.

Digital ontology, narrative knowledge and qualitative dimensions of science after postmodernity

Abstract. Our text tries to investigate the old problem of the qualitative approach in social sciences, after the debate on postmodernism and with special attention to the lessons that could be extracted from the controversy in the so called *affaire Sokal*. Our premise is that the old classical distinctions based on concepts from the nineteenth century, or even before, between natural sciences and human sciences, is already outdated. We will show how a confluence from different traditions, evidences that beyond the rhetorical excesses of the postmodern imposture, the so called narrative knowledge has been gaining ground in the crucial epistemological question of the criteria of traditional demarcation between the two spheres.

Keywords: Postmodernism, narrative knowledge, epistemology, ontology, digitalism, social sciences.

1 Ontología y saber cualitativo

Si bien usualmente usamos el término ontología en sentido amplio y la aplicamos a cualquier época del pensamiento occidental la disciplina como tal y el nombre se acuña por el filósofo ilustrado alemán Ch. Wolff, quien, haciéndose eco de las elaboraciones de la escolástica española tardía, particularmente de la obra de Francisco Suárez, articula una sistematización del saber a principios del siglo XVIII (Wolff, 2008). Allí la ontología aparece en el mismo lugar que había tenido en Aristóteles la ciencia en torno al ser en la *Metafísica* (Aristóteles, 1987), es decir, ocupa el lugar de la ciencia primera o ciencia en torno al ser, que en Aristóteles era también la ciencia que daba los principios para las ciencias segundas, como la física. En ese aspecto la ontología aristotélica era a la vez que ontología en el sentido de ciencia primera y fundamental, una filosofía de la ciencia y en cierto modo una epistemología, puesto que a la vez que hablaba sobre el ser, aportaba los principios de la ciencia, sólo que de una ciencia que era cualitativa, pues dependía de aproximaciones estrictamente cualitativas y tenía que ver con una descripción cualitativa del mundo. Dicho de otra manera, en cierto modo la metafísica era, a la vez que tal, una ciencia que contenía las condiciones de posibilidad

del conocimiento, aportando los principios que lo hacían posible, si bien incidiendo sobre una ciencia cualitativa. Eso es lo que cambia con la modernidad y lo que constituye la raíz de la distinción entre lo cualitativo y lo cuantitativo y los consiguientes problemas metodológicos, que dependen de la propia concepción de qué se entiende por ontología. Y eso igualmente es lo que cambia en el contexto digital y que obliga a una nueva reflexión de lo que debe entenderse por lo cualitativo y lo que, en último término, debe determinar en las décadas venideras la emergencia de nuevas reflexiones metodológicas y el papel de lo cualitativo en las mismas.

En efecto, en los albores de la modernidad el concepto de metafísica abordaba aspectos que tienen que ver con lo que Wolff llama ontología, pero una vez consolidada la ciencia moderna propiamente dicha, lo que se inicia en la Revolución copernicana, las transformaciones en el campo de saber, hacen que el saber considerado por el mundo premoderno y articulado por Aristóteles caiga en un creciente desprestigio que obliga a Kant articular toda su obra crítica, en un momento ya maduro de la modernidad, en torno a la pregunta de si es posible la metafísica como ciencia. O para ser más precisos habría que decir que la ciencia moderna surge, como señaló Ortega en *La idea de principio en Leibniz* (Ortega, 1992), como un nuevo modo de saber, basado en la matematización de la experiencia o en la experiencia que se matematiza y que al hacerlo convierte a los viejos conceptos y categorías de la metafísica en objetos inaccesibles al conocimiento, excluidos de la ciencia, precisamente por su condición de cualitativos. Pero con ella la ontología misma, en los términos en los que la articula Wolff, todavía precrítico, quedaba fuera de la ciencia. Es ahí donde la ontología se empieza a desvanecer para dejar lugar a una epistemología que tiene que ver con las condiciones de posibilidad de la experiencia. Así se entiende que Kant pueda afirmar que en lugar del nombre de una ontología le debemos dar una analítica del entendimiento, es decir del modo mediante el cual el sujeto cognoscente, articula mediante un sistema de categorías las condiciones espacio temporales que aporta la intuición y que dan lugar a la experiencia. Esa criba o ese criterio de demarcación, que es el nombre que le dará ya en pleno siglo XX el Círculo de Viena a partir del nuevo lenguaje de la lógica matemática, la aplicaba ya Kant al mismo Wolff y su ontología, pero también al discurso cartesiano, que es un discurso que a la vez que inaugura la nueva ciencia y su método, lo hace acompañándola de un nuevo relato que durante el tiempo que le separa de Kant funciona en el lugar de la vieja metafísica, aunque desde nuevos principios o más bien para legitimar narrativamente los nuevos principios, esto sí, ya ajenos a lo cualitativo. El problema metafísico y el de la ontología se disuelven a partir de ahí en el problema del conocimiento y de sus condiciones de posibilidad. La ontología propiamente dicha se queda sin objeto y el discurso en torno a lo que las cosas es sustituido por el discurso en torno a cómo se comportan, pero acompañado de un relato que ya no es ciencia. Es en este relato donde queda alojado lo cualitativo como un resto que cubre las dimensiones no matematizables ni susceptibles de experiencia, pero que en la medida en que cumple una función legitimadora, afectan a aspectos esenciales de la realidad humana, especialmente a los ético-políticos. La ciencia moderna nace como una ciencia cuantitativa y desecha los aspectos cualitativos como inoperantes en el ámbito del conocimiento. Los restos de la vieja ontología, tanto la premoderna, como la moderna, desde Descartes hasta la obra crítica de Kant, carecen del conjunto de rasgos que permiten entenderla como ciencia. El saber se reduce a la ciencia que se convierte en el método mismo del saber, un único método y una única ciencia.

2 Las dos ciencias

Sin embargo, ya desde la Antigüedad el saber abarcaba dos dimensiones, o dos objetos que quedaban articulados, una vez más claramente desde Aristóteles, en virtud de distintos métodos. Así en la *Ética a Nicómaco* (Aristóteles, 2004) recordaba Aristóteles que del mismo modo que al

matemático no le permitimos que nos demuestre una ecuación apelando a recursos retóricos, tampoco le podemos exigir al “científico social” que use ecuaciones. Esa distinción metodológica dependía a su vez de otra, que era la que se establecía entre lo que ocurría *por necesidad*, por un lado, y por otro la de lo posible, que en términos modernos tiene que ver con lo que llamamos libertad y sobre la cual se construyó la nueva metafísica, pero que en Aristóteles tenía que ver con las dos ciencias prácticas, ambas vinculados a lo posible, la praxis y la *poiesis*, es decir la ética y la técnica, aspecto este último decisivo en el mundo digital. Cuando el mundo moderno establece y consolida la ciencia como método único abre definitivamente el problema epistemológico central de lo que con el tiempo se llamarán las ciencias sociales, lo que Dilthey llamará las *ciencias del espíritu* (Dilthey, 1981), haciéndose eco de la distinción kantiana entre naturaleza, que correspondía a la ciencia, y libertad, que corresponderá en adelante al único lugar dejado para la vieja metafísica. En efecto, es sabido que propiamente hablando las *ciencias del espíritu* ocuparon durante mucho tiempo el lugar de la vieja metafísica, pero que el objeto característico, la conducta humana individual y colectiva, eso que tenía que ver con lo posible y con la praxis, al convertirse en objeto de conocimiento tendencialmente trató de explicarse a partir del mismo método que las demás ciencias, en un camino ya iniciado por los pioneros de las ciencias sociales como Hobbes o Rousseau y continuado por Marx, y que se va consolidando a medida que ya en la segunda mitad del siglo XIX se van constituyendo como tales.

Pese a los intentos de establecer criterios diferenciados entre ambas, el más celebrado y conocido el de Dilthey y su descubrimiento de las dimensiones cualitativas a partir de la distinción entre comprensión (*Verstehen*) y explicación (*Erklären*), lo cierto es que la tendencia a excluir del saber lo no cuantitativo encontró un punto culminante en el proyecto fisicalista y reduccionista del *Neopositivismo lógico* en el primer tercio del siglo XX. Para esas fechas la noción de ontología estaba ya muy lejos de la ciencia, y la filosofía que trataba de recuperar esta última, como lo hizo Heidegger a partir del método fenomenológico, fue objeto de escarnio y de chanza por parte de los positivistas lógicos.

Sin embargo, es bien conocida la deriva que la epistemología del siglo XX fue tomando a partir de los años 30, especialmente desde la publicación de la *Lógica de la Investigación científica* de Karl Popper (Popper, 2008) el revelar la inoperatividad del llamado criterio de verificación, una evolución que pasa por Quine (Quine, 2002) tiene un punto de inflexión en Kuhn y llega hasta la posmodernidad. El propio Wittgenstein, cuyo *Tractatus* (Wittgenstein, 2007) había sido el verdadero catecismo del proyecto fisicalista y reduccionista del Círculo de Viena, da un giro y en sus *Investigaciones filosóficas* asume lo que luego se llamará el giro lingüístico, a partir de sus teoría de los juegos del lenguaje, señalando que el sentido de un enunciado tiene que ver con su uso en el lenguaje y confluyendo desde la tradición analítica hacia una reconsideración de la ciencia que está muy lejos de los presupuestos implícitos de la modernidad, o si se prefiere del relato legitimador implícito en la misma.

3 El giro postmoderno

Es en ese ambiente en el que emerge de pronto a finales de los 70, en parte impulsada por la convergencia del postestructuralismo con la fenomenología, una aproximación a la ciencia y al saber modernos en la que se ponen en cuestión las premisas de la modernidad, la creencia en un método único, o en los dogmas del empirismo y el positivismo. Desde esa perspectiva el viejo debate en torno a la posmodernidad que ocupó la década de los 70 y 80 del siglo XX, no era sólo un debate acerca de la modernidad y una crítica renovada de la “metafísica moderna”, sino también un debate

epistemológico, puesto que lo que estaba en cuestión era la consistencia misma de lo que se debía entender por ciencia. Pero ese debate, que surge principalmente en el ámbito de la filosofía y de las ciencias sociales, aunque apoyado sin duda en las articulaciones postpositivistas de epistemólogos e historiadores de la ciencia, como Kuhn (2006) mismo o Feyerabend (2003), era también un debate en torno a la ontología, porque a la vez que criticaba el viejo proyecto fiscalista asociado a la modernidad, esas críticas afectaban a las cuestiones implícitas que lo habían legitimado, a los últimos restos metafísicos y ontológicos de la modernidad. Creemos que Lyotard acertó a describirlo mejor que nadie en su libro *La Condición Posmoderna* (Lyotard, 1987) al señalar que la ciencia moderna a la vez que descartaba los saberes ajenos a la ciencia se había servido de ellos para legitimarse durante los siglos modernos y eran ya innecesarios. A esos saberes legitimadores los había llamado saberes narrativos o dimensiones narrativas del saber, o grandes relatos y la posmodernidad los denunciaba como innecesarios.

Nosotros no queremos aquí tanto volver a esa vieja polémica, sino reconsiderarla desde lo que ocurrió después para vincular de nuevo las dimensiones epistemológicas con la ontología en el horizonte del universo digital. Al establecer esa distinción entre el saber narrativo y la ciencia, Lyotard apuntaba ya en la dirección de señalar que lo que llamamos ontología tiene que ver con esa dimensión narrativa, que sería la que, en dos fases, se habría perdido en la revolución que llega desde el mundo posmoderno a nuestros días. La primera de esas fases habría sido el relato de lo cualitativo contenido en la metafísica aristotélica recibida por la escolástica y reelaborada por Wolff y que a su vez trata de traducir Descartes al ámbito de la nueva ciencia, esa contra la que combatió Kant y que de algún modo retoman los grandes sistemas idealistas que culmina en Hegel. La segunda el relato en torno al sujeto moderno, a la razón y a la ciencia, un segundo relato, no siempre explicitado, que habría sin embargo estado presente de forma implícita incluso en fiscalistas radicales como el Círculo de Viena, últimos modernos y que ese es el que combatieron los posmodernos. Este último es el que bajo la forma de una acusación vinculada a la epistemología asumen Sokal y Bricmont en su famoso *affaire*, tal como quedó reflejado en *Imposturas intelectuales* (Sokal y Bricmont 1999). Aparentemente lo que ellos denunciaban era un mal uso metodológico, un uso indiscriminado y un abuso en el ámbito de las ciencias sociales de elementos procedentes de las ciencias duras, un abuso de determinadas licencias poéticas o de metáforas que finalmente rechazan por considerar que nada tienen que ver con la ciencia. Es decir, su crítica de los llamados posmodernos caía de lleno en el problema fundamental de la demarcación que sigue latiendo por debajo de la distinción entre ambos tipos de saber.

4 La dimensión narrativa

Sin pretender hacer un balance de esa polémica en sí misma considerada, nuestra hipótesis es que Sokal y Bricmont, incluso acertando en muchas de sus denuncias, omitieron considerar que las llamadas ciencias sociales poseen siempre un tejido narrativo, incluso que ese tejido lo poseen igualmente las ciencias llamadas duras. Pero esa hipótesis se completa con otra, que tiene con ver con el hecho de que la crítica de los posmodernos al supuesto relato de la modernidad, se asentaba de hecho a su vez en una textura narrativa, tal vez ausente de un relato explícito y uniforme, como sí lo había sido el relato “moderno” que criticaban los posmodernos, pero relato al fin y al cabo. De algún modo entonces tanto Sokal y Bricmont, como los posmodernos a los que ellos mismos criticaban, coincidían precisamente en obviar la textura narrativa asociada a la emergencia de una nueva realidad que estaba naciendo en aquellos años y vinculada, como ha pasado siempre con las ciencias, a una nueva tecnología, en este caso a la tecnología digital.

Hoy tenemos la suficiente distancia como para poder valorar que precisamente esas dimensiones narrativas del saber estaban siendo enfatizadas por distintas tendencias que, sin participar directamente en la polémica, incidían sin embargo directamente en una reconsideración del gran relato moderno en aspectos decisivos del mismo, como es la filosofía de la historia, y a la vez en una nueva perspectiva en la que lo narrativo y los aspectos metodológicos tendían a fusionarse. Es el caso de la aproximación metahistórica de Hyden White (1992). Pero es el caso, también vinculado a la historia, pero simultáneamente ofreciendo una reconsideración metodológica de la misma, de la llamada historia conceptual de Koselleck (1993), aplicada cada vez a más campos y disciplinas. Si hubiera que buscar un elemento común de ambas aproximaciones creemos que este se encontraría en el hecho de que la dimensión narrativa de los saberes no interviene ya en términos de una verdad ajena a la narratividad, sino que ambas se reúnen y se confunden en un único elemento. Pero esto resulta especialmente relevante en un universo como el digital, que se ha consolidado en las últimas décadas, pues en él la idea de lo real no es una figuración analógica (Salvat y Serrano, 2011) como lo era el mundo asociado a la emergencia de la ciencia moderna, y que es el que tuvo presente Wolff al acuñar el término ontología a partir todavía de la vieja idea del ser premoderno. La discontinuidad, la alteración de las configuraciones de lo espacial y lo temporal y el hecho mismo de que todo ello dependa de la actividad técnica, *poiética* en términos aristotélicos, hace que esa dimensión cualitativa vinculada a lo *posible* cobre una importancia impensable durante los siglos de la modernidad, y con ello anuncia la configuración de una nueva ontología, a partir de la cual no caben sin más las viejas distinciones epistemológicas basadas en una ontología que no es ya la nuestra.

Referencias

Aristóteles (1987). *Metafísica*. Madrid: Gredos.

Aristóteles (2004). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Alianza.

Dilthey (1981). *Introducción a las ciencias del espíritu*. Madrid: Alianza.

Feyerabend, P. K. (2003). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.

Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Paidós.

Kuhn, Th. S. (2006). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: F.C.E.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una aproximación a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

Lyotard, J-F. (1987). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

Ortega y Gasset (1992). *La idea de principio en Leibniz*. Madrid: Alianza.

Popper, K.L. (2008) *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.

Quine, W. O. (2002). *Desde un punto de vista lógico*. Barcelona: Paidós.

Salvat, G. y Serrano, V. (2011). *La revolución digital y la sociedad de la información*. Sevilla/Zamora: Comunicación Social.

- Serrano, V. y Salvat, G. (2015). *Tras el ensayo digital. Una aproximación interdisciplinar a la sociedad de la información*. Valdivia: Ediciones UACH.
- Sokal, A. y Bricmont, J. (1999). *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós.
- Wittgenstein, L. (2007). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Tecnos
- White, H. (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona: Paidós.
- White, H. (1973). *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: John Hopkins Univ. Press.
- Wolff, Ch. (2005) *Erste Philosophie oder Ontologie (§§ 1–78). Philosophia Prima sive Ontologia*. Hamburg: Meiner.